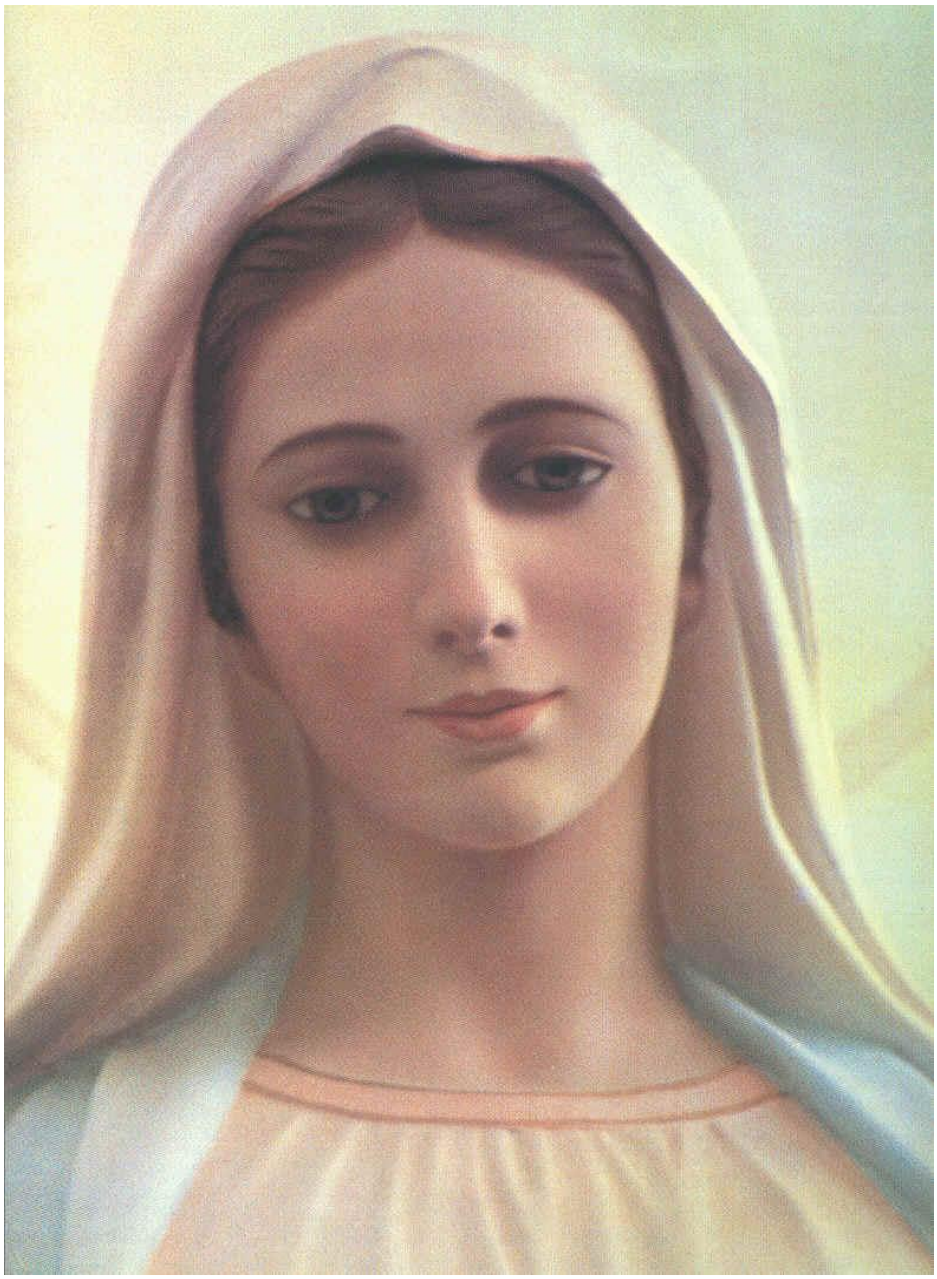
MADRE DE DIOS Y NUESTRA-VI



Maternidad espiritual de Maria en la Iglesia

"La Bienaventurada Virgen, predestinada, junto con la Encarnación del Verbo, desde toda la eternidad, cual Madre de Dios, por designio de la Divina Providencia, fue en la tierra la esclarecida Madre del Divino Redentor, y en forma singular la generosa colaboradora entre todas las criaturas y la humilde esclava del Señor. Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo en el templo al Padre, padeciendo con su Hijo mientras El moría en la Cruz, cooperó en forma del todo singular, por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad en la restauración de la vida sobrenatural de las almas. Por tal motivo es nuestra Madre en el orden de la gracia.

Y esta maternidad de María perdura sin cesar en la economía de la gracia, desde el momento en que prestó fiel asentimiento en la Anunciación, y lo mantuvo sin vacilación al pie de la Cruz, hasta la consumación perfecta de todos los elegidos. Pues una vez recibida en los cielos, no dejó su oficio salvador, sino que continúa alcanzándonos por su múltiple intercesión los dones de la eterna salvación. Con su amor materno cuida de los hermanos de su Hijo, que peregrinan y se debaten entre peligros y angustias y luchan contra el pecado hasta que sean llevados a la patria feliz. Por eso, la Bienaventurada Virgen en la Iglesia es invocada con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora. Lo cual,

sin embargo, se entiende de manera que nada quite ni agregue a la dignidad y eficacia de Cristo, único Mediador.

Porque ninguna criatura puede compararse jamás con el Verbo Encarnado nuestro Redentor; pero así como el sacerdocio de Cristo es participado de varias maneras tanto por los ministros como por el pueblo fiel, y así como la única bondad de Dios se difunde realmente en formas distintas en las criaturas, así también la única mediación del Redentor no excluye, sino que suscita en sus criaturas una múltiple cooperación que participa de la fuente única.

La Iglesia no duda en atribuir a María un tal oficio subordinado: lo experimenta

continuamente y lo recomienda al corazón de los fieles para que, apoyados en esta protección maternal, se unan más íntimamente al Mediador y Salvador.*"*

Del **Concilio Vaticano II** (Constitución dogmática *Lumen gentium*, 61-62)

Oración

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia; vida, dulzura y esperanza nuestra, Dios te salve. A ti llamamos, los desterrados hijos de Eva. A ti suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos. Y después de este

destierro muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre. ¡Oh clementísima. oh piadosa, oh dulce siempre Virgen María!

Preparado por el Departamento de Teología Espiritual de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz

FELIPE SANTOS, SDB

MÁLAGA-JUNIO-2008

Maternidad espiritual universal

El título más alto atribuido a María es del "Madre de Dios": ser madre del Hijo de Dios es una dignidad incomparable, que suscita siempre nuestra admiración y nos hace comprender la audacia de nuestra fe.

Hay también otra maravilla en la persona de María. Ella que es la Madre de Dios se ha convertido en nuestra madre espiritual, madre de cada uno entre nosotros en el orden de la gracia. Es la maternidad que se ha establecido y declarado por Cristo poco antes de su muerte en la cruz. El evangelista Juan nos ha reportado la palabra que ha atribuido a María esta maternidad, más precisamente en relación con su discípulo amado: *"Mujer, ahí tienes a tu hijo "*(Jn 19,26).

Dice al discípulo: *"He ahí a tu madre"*. Hay un efecto inmediato: *"A partir de ese momento, el discípulo la acogió en su casa"*(19,27)

El discípulo es confiado a la maternidad espiritual de María ,María que recibe la misión de tener cuidado de él como de un hijo.

Además, el problema de los medios de subsistencia de María y de su alojamiento había sido ya solucionado cuando Jesús había dejado Nazaret para seguir su misión pública y su actividad de predicación: debió ocuparse de las condiciones de vida de su madre. La presencia de la cuñada de Maria, la mujer de Cleofás, junto a la cruz de Jesús, parece también indicar que María, si hubiera tenido necesidad, habría encontrado ayuda en la familia.

En realidad, en el momento en que Jesús sufre en la cruz por la salvación de la humanidad, no son las preocupaciones familiares las que movilizan el fondo de su pensamiento y sus fuerzas. El renunció a su familia para consagrarse a la edificación del reino de Dios; quiere asegurar el desarrollo de este reino. Es consciente de que sus discípulos se exponen a numerosos peligros; para volverles de sus fragilidades, los confía a la solicitud de una madre, la mejor de todas la madres. La que ha sido elegida como la cooperadora por excelencia de la obra de la salvación, podrá ayudar a los discípulos a seguir fieles y cumplir su misión.

La elección del discípulo amado para la institución de esta relación filial con María tiene un valor simbólico. Significa que cada discípulo, al ser amado específicamente por Cristo**, recibe a María como madre.** El don de María como madre de los discípulos es el último don que hace Jesús antes de su muerte. En el sacrificio, el Salvador lo había dado todo por la salvación de todos los hombres. Le quedaba su madre, cerca de él, como un tesoro supremo. Y este tesoro, lo da también a la humanidad.

María es el regalo más precioso que pueda darse a la humanidad.

Después de las palabras dirigidas a María y al discípulo amado, el evangelista

subraya que el don de la cruz está completo: Jesús sabía « que en adelante todo se concluyó»(19,28). Toda misión confiada por el Padre al Hijo se había cumplido y el amor que quería revelarse en el drama de la redención se había manifestado plenamente en el don de María como madre.

Maternidad singular y universal

El don de María por parte de Jesús es completo: no reconoce solamente a su madre por sus cualidades maternales. La llama «mujer »y la instituye madre con una nueva maternidad ,que tomará una gran importancia en el futuro para la vida de

La Iglesia. Esta nueva maternidad, en su formulación, tenía una aportación singular

porque concernía a un solo discípulo. Pero a través de este discípulo, debía comportar una relación con cada discípulo y tomar así un valor universal.

"Madonna del lume", pintura que se hallaba en el Noviciado de los Jesuitas de Palermo. Esta imagen muestra la acción mediadora de María en la salvación de las almas.

En su primera destinación, la nueva maternidad asumía una forma singular, en virtud de una intención particular de Jesús. Por una parte, el Salvador crucificado se inmolaba por los hombres y deseaba comunicar a todos el beneficio de la salvación; es la razón por la cual quería extender a toda la humanidad el don de su madre. Pero por

otra parte, quería que este don llegue a cada discípulo en su singularidad. Si hubiera proclamado de un modo general esta maternidad, muchos habrían podido subestimar el valor de un afecto maternal ofrecido a todos. La forma demasiado global de la maternidad habría dañado a la calidad del don.

Jesús quería para cada discípulo una madre que hubiera estado presente espiritualmente en la vida de cada uno como si hubiera sido su hijo, una madre que se interesara en todas las particularidades de su existencia y hubiera estado presta a responder a sus necesidades y a sus deseos.

Había apreciado, durante su infancia y juventud en Nazaret, la presencia de su madre que había mostrado tanta bondad, comprensión y solicitud. Deseaba para todos los creyentes una presencia maternal que sea una ayuda para el crecimiento en la fe y en amor.

Es en este sentido que la maternidad de María conserva siempre su valor singular. Pero adquiere un valor universal porque se extiende a todos los cristianos y también a los todos los hombres**: todos están llamados a compartir la progenitura divina de Cristo y en ser hijos de María**. En esta perspectiva general, María es venerada como madre de la Iglesia y madre de toda la humanidad.

Madre de la Iglesia, María no sólo ha recibido una misión maternal a favor de cada cristiano. Ha sido dotada de una responsabilidad maternal en el desarrollo de todas las manifestaciones de la gracia y en la multiplicación de todos los dones y carismas que contribuyen a la vitalidad de la Iglesia. Como una madre muy deseosa de favorecer la buena entente entre sus hijos, ella ejerce una acción constante para hacer triunfar la unidad de la Iglesia ante todas las tentativas de división entre los cristianos.

Entre las tareas de la actividad maternal de María, se encuentran sus esfuerzos para hacer progresar el ecumenismo.

El acercamiento recíproco de las diversas confesiones cristianas debe superar muchos obstáculos : invisiblemente, María está siempre presente para facilitar buenas relaciones y los acuerdos, incluso cuando nacen diferencias a propósito de la doctrina mariana o del culto mariano. Con una delicadeza maternal, María asegura el predominio de la armonía y estimula todos los esfuerzos de reconciliación.

María no puede olvidar que ha sido proclamada madre de los discípulos en un momento en el que el odio se desencadenaba para vencer a Cristo. Era un odio que se expresaba en los numerosos insultos que querían golpear al que respondía sólo con el silencio lleno de

perdón. La instauración de la nueva maternidad de María formaba parte de la respuesta. María es consciente de su maternidad está destinada a favorecer el perdón mutuo y todo lo que, en las relaciones entre los hombres contribuya a desarrollar el amor mutuo.

La que nunca ha permitido a su corazón la menor desviación hacia el egoísmo, el orgullo o la venganza, compromete su afecto maternal para ayudar a sus hijos a vivir en un clima de amor auténtico.

Maternidad en misión

Cristo ha confiado la nueva maternidad a María como una misión. Maternidad singular, estaba destinada a reforzar la influencia de la nueva vida del Salvador.

Maternidad universal, estaba destinada a extenderse universalmente a toda la comunidad cristiana.

Para esta misión, María recibió una gracia especial el día de Pentecostés. Sabemos que antes de Pentecostés, estaba unida a la oración de la primera comunidad.
En los Hechos de los apóstoles, se dice que después de la Ascensión, todos los apóstoles, con algunas mujeres, perseveraban en la oración formando un solo corazón y una sola alma. Entre estas mujeres, se cita una sola: María (Hechos de los apóstoles 1,14). La madre de Jesús aparece como un modelo de oración asidua.

Más precisamente, la madre de Jesús se unía a la oración de la comunidad con vistas a la venida próxima del Espíritu Santo, anunciada por Jesús a sus discípulos. Podríamos extrañarnos de que María tuviera necesidad de prepararse con la oración a la venida del Espíritu Santo. En efecto, el Espíritu había venido ya a ella para cumplir la maravilla suprema de la obra de la salvación, la concepción milagrosa del niño Jesús. Parecía que María no podía ya recibir otro don del Espíritu.

Pero ella sabía que necesitaba un nuevo don del Espíritu Santo para asumir la maternidad espiritual

Que le había sido atribuida. **Para ser madre de Cristo, había recibido un don excepcional del Espíritu Santo**; ahora, para cumplir la misión de madre de los discípulos de Jesús, esperaba otro don, también excepcional. Rezaba pues para obtener este don; rezaba al mismo tiempo por la venida del Espíritu Santo en toda la Iglesia, para obtener en superabundancia una multitud de dones espirituales.

El acontecimiento de Pentecostés ha respondido plenamente a la oración de María y a la súplicas de una comunidad profundamente unida. Como los otros que estaban presentes, María se llenó del soplo violento del Espíritu y recibió una lengua de fuego para extender las

maravillas de Dios, estas maravillas de las que es un testigo privilegiado. Los que podían entender el testimonio de María, podían también comprender, cada uno en su lengua, las palabras que salían de su boca: **María y los Apóstoles cumplían las mismas maravillas bajo la unción del Espíritu Santo**.

Después de Pentecostés, el Espíritu continuó animando a los Apóstoles. El animaba más bien a María que había sido su cooperadora por excelencia en el momento de la Anunciación. Comunicaba en abundancia a María todos los dones espirituales útiles a le ejecución de su misión.

Llevaba muchos frutos en su maternidad, dando una aportación superior a sus palabras, acciones y a su testimonio.

"Amadla como la he amado"

Jesús no se limitaba a dirigirse a su madre para instituirla madre de su discípulo amado. Se dirige también al discípulo diciéndole: « He ahí a tu madre», para hacerle comprender que los que reciben una nueva madre deben tener un comportamiento filial. Este comportamiento es simplemente la consecuencia de la proclamación de la maternidad de María. La proclamación hubiera podido bastar pero Jesús ha querido atraer la atención expresamente sobre la respuesta filial que será la característica del culto mariano.

Sus palabras dirigidas a Juan han tenido un efecto inmediato, un efecto que, de alguna manera, nos sorprende, pero que muestra que la invitación a considerar a María como madre debía hacerse: *"A partir de ahí el discípulo la tomó en su casa"*(Jn 19,27). Por consiguiente este comportamiento, el discípulo mostraba sus cualidades intuitivas que otros episodios del evangelio han puesto a la luz. Comprendió el deseo ardiente de Jesús; en el curso de la vida pública, tomó la costumbre de discernir a través de los vínculos de amistad que la unían al Maestro, los signos de sus aspiraciones y de su voluntad.

Así, comprende la intención de Jesús que desea que su madre, que él ha dado a la humanidad, sea acogida de buen corazón y afecto.

"Santa Virgen del Sagrado Corazón". La veneración debida a María responde a la voluntad expresada por Jesús, que dio a cada uno de nosotros en el momento de la Pasión.

En esta acogida, podemos descubrir la primera manifestación del culto dado a María. Desde el inicio, ya antes del nacimiento de la Iglesia, que tuvo lugar en Pentecostés, este culto fue promovido por el mismo Jesús. El Maestro habría podido dejar al afecto espontáneo de los corazones cristianos y los primeros

movimientos de desarrollo del culto mariano. Pero quería dar a este culto un valor superior, con la garantía de su autoridad divina, que excluía toda duda.

Además, al pronunciar las palabras: *"Ahí tienes a tu madre"* en los sufrimientos de la cruz, daba a estas palabras la fuerza de la última voluntad de un moribundo y el valor de una invitación que debía recibirse como particularmente sagrada.

La veneración que se debe a María ha respondido pues a una voluntad de Cristo, hasta el punto de que esta veneración está siempre ligada al culto dado al Salvador. Si Jesús no había expresado claramente esta voluntad, alguna duda habría podido emitirse sobre la importancia del culto

mariano, con motivo de que María estaba ausente durante la vida pública, visto que ella vivía en Nazaret. Pero a la hora de la cruz, María estaba presente, íntimamente unida a su Hijo y este último subrayaba el valor de la proximidad de su madre al instituirla madre de los discípulos, madre de la Iglesia.

Esta voluntad de Cristo estaba ante todo dirigida a María, como lo muestran estas palabras: « Mujer, he ahí a tu Hijo ». Jesús no dudaba en pedir a María que cumpliera su sacrificio maternal: la madre debía aceptar perder a su propio hijo para recibir otro hijo.

Al llamarla “mujer”, la hacía renunciar al vínculo de la afección tierna que la unía a él para abrirse a otra maternidad.

La palabra “mujer” podía parece fría en las relaciones de un hijo con su madre. Pero era la palabra utilizada por Jesús en las bodas de Caná, cuando aceptó el deseo del milagro que animaba la intervención de María. Quería atraer la atención sobre la distancia que, desde el momento de su partida de Nazaret para la vida pública, lo separaba de su madre. **En cuanto mujer comprometida en la obra de la salvación, María podía obtener el milagro**.

El Maestro crucificado invita a cada discípulo a acoger a María en su vida con un corazón filial,

No como si se tratara de su propia madre, sino porque ella es realmente su madre, elevada a esta maternidad espiritual por el mismo Salvador.

En la última cena, Jesús había dejado a los apóstoles su mandamiento por excelencia: *"Amaos los unos a los otros como yo os he amado. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros"*(Jn 13,34-35; cf. 15,12).). Un precepto análogo sale de estas palabras: « He ahí a tu madre » " ***"Amad a vuestra madre como yo la he amado, porque es la madre de cada uno de vosotros"***.

Amar a María como Cristo significa ante todo descubrir el verdadero rostro de María, como ha sido contemplado por aquel que, de mirada, penetraba el fondo de las almas. Numerosos son los que se contentan con limitarse a un conocimiento superficial de María. Es verdad que los evangelios nos han traído sobre María episodios que tienen un significado profundo u merecen una reflexión muy atenta. Pero a menudo nuestra lectura del texto evangélico es demasiado rápido y retenemos sólo lo que parece evidente, sin que tengamos el tiempo de releer el texto para coger la riqueza del pensamiento oculto por el Espíritu Santo a través de las informaciones de los evangelistas.

En efecto, es el Espíritu el que debe implorarse para revelarnos los maravillosos secretos de la vida íntima de María y de su cooperación en la obra que ha salvado a la humanidad. Puede desvelarnos plenamente el rostro de María como rostro maternal en el cual se ha manifestado la inmensidad del amor divino.

El desarrollo del culto mariano de la doctrina marina muestran el esfuerzo proporcionado por toda la Iglesia para conocer mejor a la madre de Jesús que es nuestra madre. Al descubrirla, es posible amarla con más sinceridad y encontrar en su presencia y en su rostro una fuente de alegría.

Amar a María ha sido la última invitación dirigida por Cristo al morir por la humanidad. Es una invitación a esfuerzos siempre nuevos para conocer y apreciar a la que es madre de Dios y madre de la humanidad rescatada. Los esfuerzos no tienen límite pues amar a María como el mismo Cristo la amó, significa comprometerse en un amor sin ninguna frontera.